

Callejón del Gato

Examen de la oración

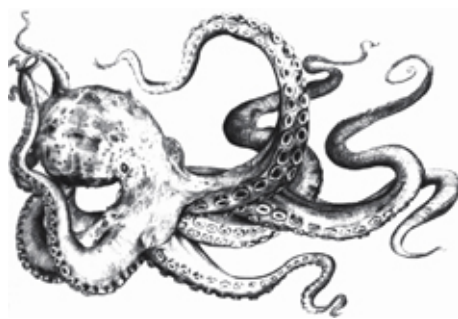
José Ramón Enríquez

“La oración” es el título que Francisco Segovia da al número 64 de la primera parte de su libro *Marmita. Apuntes sobre lengua, poesía, arte*. Plantea en el apunte (yo me atrevo a llamarlo reflexión) que los poetas buscan “darle a un Él la respuesta que nos exige un Tú, y viceversa, para que las palabras de uno y otro se alcancen entre sí”. Habla de un diálogo y de que ese diálogo no ha sido iniciado por el poeta, y concluye citando a San Agustín, cuyas *Confesiones* eran un diálogo hecho entre dos “para todos los hombres”.

“A su marmita (su caldero)”, nos explica, “echaban los druidas su materia. Los elementos que entraban en ella comenzaban a ablandarse, a separarse, o a fundirse y mezclarse...”. Por eso no utiliza Francisco Segovia la palabra reflexión, porque no se trata de un segundo momento, de un retorno a algo para echar a su *Marmita*, que podría ser el poema o el fragmento de diálogo con un Él, sino de una anotación inicial que, al ser saboreada, puede convertirse en la Palabra o las Palabras del diálogo hecho poema. Pero yo me atrevo a usar “reflexión” porque me parece imposible definir cuándo se inicia la ebullición, quién la inicia, cuándo concluye y cuándo se responde.

Tal vez obsesionado por los espejos entre los cuales me he movido desde antes de llegar al Callejón del Gato, pero que han explicado mucho en este sitio del Madrid de los Austrias, utilizo la reflexión en los dos sentidos: reflejar y volver sobre sí mismo, porque ignoro cuándo y quién ha pronunciado la Palabra elemental, y cuándo y quién reflexiona sobre ella.

Y siento en la *Marmita* de Segovia los mismos actos de amor del mito de Narciso que se dan en todo poeta que se asoma



al espejo, nunca plano, siempre en movimiento que lo hace cóncavo o convexo, de su propia creación o su propio ser como criatura. Y no me refiero con Narciso al efebo pagano. Al que extrañamente convoca la *Marmita* de Segovia es a San Jerónimo, el corresponsal y antagonista del mismo San Agustín (a quien no sólo cita en “La oración”, sino de quien utiliza para epígrafe del libro esta sentencia definitiva: “Nuestro horno diario es la lengua humana”).

Veo a San Jerónimo en su cueva, doblado sobre sí mismo hasta ver su reflejo y escuchar el Eco de la Palabra que debe traducir. Valga recordar que la cuestión de la traducción de la Palabra fue el motivo del debate entre Jerónimo y Agustín, quien no quería que tocara la versión de la Biblia de los Setenta. Sin embargo, Jerónimo-Narciso, como escriba obediente, traslada al papel lo que le dicta el Eco para legárnoslo. Hay diálogo, como en las *Confesiones*, pero ante todos los hombres, “para todos los hombres”.

Las sugerencias y exigencias que hace al lector Francisco Segovia son muchas. Por ello me refiero, desde el Callejón en que me encuentro, tan solo a escudriñar en la primera parte de su *Marmita* (la que titula “Musa rupestre”) este número 64

que es “La oración” porque pone al poeta ante un Él “para que las palabras de uno y otro se alcancen entre sí”, y a estas alturas de mi edad reflexionar sobre eso resulta quizá lo único importante.

¿Tras su cocimiento, es el apunte vertido en la marmita del que surgirá la oración que es el poema? ¿O es la oración, poema, lo que provoca apuntes (de autonomía aparente) que, tras aleaciones inexplicables, separaciones o ablandamientos, retorna a la *Marmita* en un círculo de movimiento infinito que es parte del espacio de lo poético? Espacio de un druida contemporáneo como Francisco Segovia que abandona la sacralidad del sacerdote celta para llegar a la Palabra también desde la neurolingüística y la teoría de cuerdas, en esa especie de red con la cual, desde Einstein, puede imaginarse el universo. Pero siempre en la búsqueda de ese diálogo entre un Él al que se responde y un Tú que usa la Palabra para ser escuchado por todos (incluido quien esto escribe) como quería Agustín.

En los umbrales del barroco, Ignacio de Loyola, que admiraba “la doctrina positiva” de Agustín y Jerónimo por “mover los afectos para en todo amar y servir a Dios” planteó que ese diálogo con la Palabra debía ser examinado: “miraré cómo me ha ido en la contemplación o meditación; y si mal, miraré la causa donde procede”. Y ese examen de la oración (cúmulo de apuntes, reflexiones hechas en casas de múltiples espejos, retornos a la imagen del Yo que va a escuchar un Eco) es, a su vez, productor de poesía o espacio de oración, es “darle a un Él la respuesta que nos exige un Tú, y viceversa, para que las palabras de uno y otro se alcancen entre sí”. **u**